



Lectura del santo Evangelio según san Juan 10,1-10:

En aquel tiempo, dijo Jesús: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz; a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños». Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».



*La liturgia del IV Domingo de Pascua nos presenta uno de los iconos más bellos que, desde los primeros siglos de la Iglesia, han representado al Señor Jesús: el del **Buen Pastor**. El Evangelio de san Juan, en el capítulo décimo, nos describe los rasgos peculiares de la relación entre Cristo Pastor y su rebaño, una relación tan estrecha que nadie podrá jamás apartar a las ovejas de su mano. Estas, de hecho, **están unidas a Él por un vínculo de amor** y de conocimiento recíproco, que les garantiza el don incommensurable de la vida eterna. Al mismo tiempo, la actitud del rebaño hacia el Buen Pastor, Cristo, es presentada por el Evangelista con dos verbos específicos: **escuchar** y **seguir**. Estos términos designan las características fundamentales de aquellos que viven el seguimiento del Señor. Ante todo la **escucha de su Palabra**, de la que nace y se alimenta la fe. Sólo el que está atento a la voz del Señor es capaz de valorar en su propia conciencia las decisiones justas para actuar según Dios. De la escucha deriva, por tanto, el **seguir a Jesús**: se actúa como discípulo después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirlas cotidianamente. (Benedicto XVI)*

El Buen Pastor es Jesús Resucitado que después de dar su vida por nosotros, sus ovejas, nos ha rescatado del pecado y de la muerte y nos ha llevado a los ricos pastizales eternos del cielo. **Nosotros somos esa oveja perdida, cuya salvación le ha costado a Él la vida.** Nos ha comprado pagando por nosotros **el precio de su sangre.** Dejemos que el Buen Pastor nos robe el corazón.

1. Hay que entrar por la puerta en el redil. El que salta es ladrón y bandido

Este pasaje del Evangelio de San Juan hay que entenderlo recordando el capítulo anterior (Jn 9), donde Jesús da la luz y abre los ojos al ciego de nacimiento, que acaba confesando la fe y entrando así en comunión con él: "Creo, Señor. Y se postró ante él". Este ciego es expulsado de la sinagoga y pasa así a la intemperie social y religiosa. Los "dirigentes de Israel" no acogen al Enviado que es Jesús y maltratan a los que se unen a él y le confiesan como Señor; no son verdaderos pastores del pueblo. A ellos van dirigidas las duras palabras de que son como "ladrones y bandidos", "extraños" y "asalariados" que no buscan el bien del pueblo, del rebaño encomendado. Estos son los que "no entendían de qué les hablaba".

2. “Yo soy la puerta”. La puerta es Jesús

Jesús se dirige a los suyos, los que entran en intimidad con él, y se presenta como “la Puerta de las ovejas”, y como el “buen Pastor que da la vida por las ovejas”. Es un claro contraste con aquellos que se apropian de ellas y roban (“ladrones”), las ponen en peligro (“bandidos”) y nos las conocen (“extraños”).

Yo soy la puerta de las ovejas. Esta palabra de Jesús es de un alto significado. Al ciego de nacimiento, expulsado de la sinagoga, se le abre otra puerta de entrada y acogida: Jesús. Solo se puede entrar al nuevo rebaño congregado en torno a él por su persona. Es la puerta de acceso al nuevo pueblo, a la fraternidad que reúne alrededor suyo. Y, lo más importante, Jesús es la única Puerta por la que podemos tener paso y acceso al Padre, “*nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14,6) nos dice. Es la puerta para encontrar la salvación: el que entre a través de ella “se salvará”; y tendrá la libertad, ya que “podrá entrar y salir, y encontrará pastos”. Son imágenes de plenitud y salvación.

3. “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”

Jesús nos da la Vida, entregando su vida por nosotros. Sólo en él hay vida y vida eterna. Los santos han seguido su ejemplo. “Como pastor de esta comunidad, estoy obligado a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas de muerte, desde ahora ofrezco a Dios mi sangre por la redención y por la resurrección de El Salvador” (S. Oscar Romero, meses antes de ser asesinado)

COLOQUIO

Puedes rezar con esta bella oración al buen pastor de San Gregorio de Nisa

¿Dónde pastoreas, pastor bueno, tú que cargas sobre hombros a toda la grey?; (toda la humanidad, que cargaste sobre tus hombros, es, en efecto, como una sola oveja). Muéstrame el lugar de reposo, guíame hasta el pasto nutritivo, llámame por mi nombre para que yo, oveja tuya, escuche tu voz, y tu voz me dé la vida eterna: Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas.

Te nombro de este modo, porque tu nombre supera cualquier otro nombre y cualquier inteligencia, de tal manera que ningún ser racional es capaz de pronunciarlo o de comprenderlo. Este nombre, expresión de tu bondad, expresa el amor de mi alma hacia ti. ¿Cómo puedo dejar de amarte, a ti que de tal manera me has amado, a pesar de mi negrura, que has entregado tu vida por las ovejas de tu rebaño? No puede imaginarse un amor superior a éste, el de dar tu vida a trueque de mi salvación. Enséñame, pues –como dice el texto sagrado–, dónde pastoreas, para que pueda hallar los pastos saludables y saciarme del alimento celestial, que es necesario comer para entrar en la vida eterna; para que pueda asimismo acudir a la fuente y aplicar mis labios a la bebida divina que tú, como de una fuente, proporcionas a los sedientos con el agua que brota de tu costado, venero de agua abierto por la lanza, que se convierte para todos los que de ella beben en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

Si de tal modo me pastoreas, me harás recostar al mediodía, sestearé en paz y descansaré bajo la luz sin mezcla de sombra; durante el mediodía, en efecto, no hay sombra alguna, ya que el sol está en su vértice; bajo esta luz meridiana haces recostar a los que has pastoreado, cuando haces entrar contigo en tu refugio a tus ayudantes. Nadie es considerado digno de este reposo meridiano si no es hijo de la luz y del día. Pero el que se aparta de las tinieblas, tanto de las vespertinas como de las matutinas, que significan el comienzo y el fin del mal, es colocado por el sol de justicia en la luz del mediodía, para que se recueste bajo ella.

Enséñame, pues, cómo tengo que recostarme y pacer, y cuál sea el camino del reposo meridiano, no sea que por ignorancia me sustraiga de tu dirección y me junte a un rebaño que no sea el tuyo. Esto dice la esposa del Cantar, solícita por la belleza que le viene de Dios y con el deseo de saber cómo alcanzar la felicidad eterna.

OTROS TEXTOS PARA MEDITAR

1. De San Juan de Ávila: **"El hambre de almas atormentó al Corazón de Jesús"**

¿Habéis visto hombres muy aficionados a una cosa, y que anden siempre pensando en ella, y enflaquecidos con el cuidado de cómo la alcanzarán, y todos transformados en ella, que ni reposan de día ni duermen de noche? Pues así pensad a nuestro Señor Jesucristo cuando en este mundo vivía, al cual **el cuidado de las almas le traía tan ansioso**, que, diciéndole una vez los discípulos que comiese, porque había caminado y era ya tarde, no hizo caso de aquella comida, porque con ella no se le quitaba el hambre que más pena le daba, y respondió: Otro manjar tengo yo que comer, que vosotros no sabéis: **mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre** y acabar su obra; y esto era remediar las almas, que Él había criado, acabando lo que comenzó.

Esta hambre de almas le atormentó viviendo, y de esta sed se quejó en la cruz, y no de otro tormento, porque sobre todos los dolores era para Él perderse las almas. Recia es la rabia que el demonio trae para devorarlas, como dice san Pedro, pero nada comparada con el celo y cuidado que del bien de ellas tiene el Señor. Éste le hacía vivir en pobreza, caminar a pie; siendo tan delicado, ayunar y predicar en templo, plazas y montes, rasgando su sacratísimo pecho, convidándoles con la salud, aunque murió a su costa. Esto le hacía orar por las noches, y derramar abundantísimas lágrimas, hincadas sus rodillas, pidiendo al Padre: **Sálvense las almas**, y pedidme por ello todo lo que fuerais servido.

¡Oh dichosas ovejas que en tiempo de tal Pastor fueron vivas, y dichosas lo serán las que cayeren en manos del prelado que imitare este celo! (...) ¡Oh, dichosos los pastores que participaren algo de esta hambre y sed de salvación de almas que tuvo el Señor, porque, según la necesidad de remedio que tienen, si no hay este gran celo y cuidado, no se podrá hacer aquello que para esto conviene!"

2. De San John H. Newman: **«Él va delante, y las ovejas le siguen»**

«Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Las ovejas estaban dispersas porque no tenían pastor. Así estaba el mundo entero cuando Cristo, en su infinita misericordia, llegó a él «para reunir en unidad a los hijos dispersos de Dios» (Jn 11,52). Y si, por un momento, de nuevo quedaron sin guía, cuando **en su lucha contra el enemigo el Buen Pastor dio su vida por sus ovejas** - según la profecía: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas» (Za 13,7) – sin embargo, pronto, Éste resucitó de entre los muertos para vivir por siempre, según esta otra profecía: «El que dispersó a Israel lo reunirá y lo guardará como un pastor a su rebaño» (Jer 31,10).

Como él mismo dijo en la parábola que nos propuso, «Y una a una llama a sus ovejas por su nombre, y camina delante de ellas. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz». Así, el día de su resurrección, como María lloraba, Él la llamó por su nombre (Jn 20,16), y ella se dio la vuelta y reconoció, al oírlo a aquel que no había reconocido al verlo. De igual modo le dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?», y agregó: «Soy yo» (Jn 21,15.19). Del mismo modo, él y su ángel les dijeron a las mujeres: «Él les espera en Galilea»; «Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán». (Mt 28,7.10). Desde aquel momento, el Buen Pastor, que ocupó el sitio de sus ovejas y murió para que ellas pudieran **vivir por siempre**, las espera y ellas «siguen al Cordero a dondequiera que vaya» (Ap 14,4)

3. De San Agustín: «*He venido para que tengan vida abundante*» (Jn 10,10)

Durante nuestra presente peregrinación, pensemos continuamente que nuestra permanencia en **esta vida es transitoria**, y así, con una vida santa, nos iremos preparando un puesto allí de donde nunca habremos de emigrar. Pues nuestro Señor Jesucristo, una vez resucitado, *ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él*, según dice el Apóstol. Esto es lo que hemos de amar.

Si vivimos, si tenemos fe en el resucitado, él nos dará, no lo que aquí aman los hombres que no aman a Dios, o que aman tanto más, cuanto menos le aman. Pero veamos qué es lo que nos ha prometido: no riquezas temporales y terrenas ni honores o ejecutorias de poder en este mundo, pues ya veis que todo esto se da también a los hombres malos, para que no sea sobrevalorado por los buenos. Ni, por último, la misma salud corporal; y no es que no la dé, sino que, como veis, se la da también al ganado. Ni una larga vida. ¿Cómo llamar largo lo que un día se acaba? Ni como algo extraordinario, nos prometió a nosotros los creyentes, la longevidad o una decrepita ancianidad, a la que todos aspiran antes de llegar y de la que todos se lamentan una vez que han llegado. Ni la belleza corporal, que la enfermedad o la deseada ancianidad hacen desaparecer.

Querer ser hermoso, querer ser anciano: he aquí dos deseos imposibles de armonizar. Si eres anciano, no serás hermoso, pues cuando llega la ancianidad, huye la hermosura. Ni pueden coexistir en una misma persona el vigor de la hermosura y los lamentos de la ancianidad. Así que no es esto lo que nos prometió el que dijo: *El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva*.

Prometió la vida eterna, donde no hemos de temer, donde no seremos perturbados, de donde no emigraremos, en donde no moriremos; donde ni se llorará al predecesor ni se esperará al sucesor. Y por ser de este orden las cosas que prometió a los que le amamos y a los que nos urge la caridad del Espíritu Santo, por eso no quiso darnos el Espíritu hasta ser glorificado. De este modo, **en su propio cuerpo pudo mostrarnos la vida, que ahora no tenemos, pero que esperamos en la resurrección**.

LOS SANTOS SON LOS MEJORES EJEMPLOS DEL BUEN PASTOR

- De san Francisco de Sales, aquel obispo inefablemente amable, dulce y bondadoso, la gente solía decir: *"¡Cuán bueno debe ser Dios, cuando ya es tan bueno el obispo de Ginebra!"*. Y se cuenta que un hombre incrédulo de la Francia del siglo XIX, alrededor del año 1840, fue invitado a visitar al padre Juan María Vianney, conocido como el santo Cura de Ars. Y, a pesar de haber ido en contra de su voluntad, después de conocerlo, exclamó: *"¡Hoy he visto a Dios en un hombre!"*.
- Es impresionante también el testimonio que narró Mons. Tadeusz Kondrusiewicz, Arzobispo de Moscú: Perni es una ciudad que se encuentra en los Urales y, durante el comunismo, había allí campos de concentración. Todavía en los años ochenta estaba detenido en ese lugar un sacerdote lituano, Sigitas Tamkjavicius, hoy obispo metropolitano de Kaunas. Después de la santa Misa los fieles me invitaron a visitar el cementerio. Me llevaron ante la tumba del primer sacerdote que había trabajado en esa ciudad, muerto en el siglo XIX. La gente me decía: *"Durante sesenta años hemos permanecido sin iglesia y sin sacerdote, pero estaba esta tumba; y durante las fiestas veníamos aquí y rezábamos sobre esta tumba, incluso confesábamos nuestros pecados. Ninguno de nosotros ha conocido al sacerdote que está aquí sepultado. De él sólo sabemos lo que nos han contado nuestros abuelos. Y, sin embargo, durante estos sesenta años él, de modo invisible, ha estado presente entre nosotros, como si hubiera salido de la tierra para enseñarnos a ser fieles a nuestra vocación cristiana. Gracias a esta tumba hemos conservado la fe, que ahora renace y se refuerza"*.